

Cultivando mejores Ciudades

AGRICULTURA URBANA PARA EL DESARROLLO SOSTENIBLE

6

Una ciudad comprometida con la agricultura urbana

Rosario, en Argentina, adoptó las huertas de verdura como una vía para recuperarse de una crisis económica y ahora se encuentra a la vanguardia de las ciudades en la promoción de la agricultura urbana.

Satisfacer las necesidades de su familia siempre ha sido un desafío para Vilma Cala, madre soltera con cuatro niños en Rosario, Argentina. Sus ingresos como empleada doméstica y la producción que obtiene de una huerta de verduras le permitieron llevar suficiente alimento a su mesa, pero eso fue antes de la crisis económica que sacudió al país a fines de 2001.

Con la devaluación de enero de 2002 el peso decayó en un tercio de su valor y Cala llegó a una situación crítica. “Tuve que ir a un comedor popular a pedir comida. Era terrible tener que depender de otros. Me dolía realmente, pero lo hice. Si no tienes comida para alimentarte, no tienes nada”, explica.

Ahora Cala atiende una gran huerta en un terreno cruzado por cables de electricidad inactivos. La huerta produce lo suficiente como para poder vender en una feria creada especialmente por la municipalidad de Rosario para los agricultores urbanos. Cala pertenece también a un grupo de mujeres que elaboran cosméticos con ingredientes naturales que cultivan en su huerta: ortiga, aloe y bardana. Los ingresos provenientes de estas actividades, sumados a lo obtenido por las tareas de limpieza y la huerta, le han permitido subsanar en parte el problema de abastecer a su familia.

Cala ha sido beneficiada por un programa desarrollado por la municipalidad de Rosario a partir de los resultados de una investigación apoyada por el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDRC) de Canadá y el Programa de Gestión Urbana (PGU) de ONU-HABITAT, que coordinó el proyecto. En sólo cinco años, el programa pasó de ser un proyecto piloto a convertirse en un ejemplo sobresaliente en toda la ciudad, merecedor de un premio y modelo de la manera en que los gobiernos municipales pueden integrar y promover la agricultura urbana.



IDRC: Federico Gutierrez

La agricultura urbana le da sustento a Vilma Cala, una madre con cuatro hijos.

Inaugurado a comienzos de 2002, el Programa de Agricultura Urbana (PAU) de Rosario estuvo dirigido a complementar los programas de donación de alimentos para los sectores pobres de la ciudad. La indigencia había aumentado en la Argentina desde que los militares asumieron el poder en 1976, comenta Pedro Pavicich, Secretario de Promoción Social de Rosario. La pérdida de fuentes de trabajo y la pobreza se incrementaron bajo los extendidos programas de privatización y liberalización implementados por el presidente Carlos Ménem en la década de 1990. La ciudad de Rosario, situada a 300 kilómetros al noroeste de Buenos Aires con cerca de un millón de habitantes, alberga todavía unas 136.000 personas sin techo distribuidas en 91 comunidades y continúa atrayendo inmigrantes de las zonas rurales, según Pavicich. La municipalidad trabajó en conjunto con una ONG local, el Centro de Estudios de Producciones Agroecológicas (CEPAR), y el programa nacional Pro Huerta destinado a apoyar las huertas familiares. El plan era abastecer a 20 grupos con herramientas agrícolas, materiales



Mirta Palese tiene trabajo de medio tiempo, procesando legumbres cultivados en Rosario.

y semillas, elaborar una metodología y luego extender gradualmente el programa a toda la ciudad.

Entretanto, el clamor angustiado de los argentinos recorría el país en manifestaciones y varias invasiones masivas a supermercados, dos de ellas en Rosario. Cientos de vecinos protestaban diariamente frente a la sede de los gobiernos municipal, provincial y federal, reclamando trabajo o ayuda. La agudeza de las necesidades de la población forzó al PAU a trabajar a toda marcha, comenzó a repartir cada vez más materiales para que las personas pudieran iniciar las huertas urbanas. Los tres cursos semanales sobre agricultura orgánica tenían más de 100 personas inscritas, las que a su vez transmitirían esta enseñanza a sus vecinos.

“Estábamos asombrados. Usted planta y a la semana siguiente ve algo comenzando a crecer”, dice Antonio Lattuca, coordinador del programa. La agricultura urbana canalizó la desesperación de las personas y les dio una esperanza.

En poco tiempo había más de 800 grupos de horticultores en toda la ciudad. Un programa nacional de asistencia, el Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados, ayudó a las personas a volcarse sobre la agricultura urbana. Administrado por los gobiernos locales, el plan pagaba 150 pesos mensuales (US\$ 50) a los participantes a cambio de su compromiso en una actividad laboral, trabajo comunitario, formación profesional o estudio. Muchos de los inscritos eligieron dedicarse a la agricultura urbana. El plan fue una bendición para los horticultores urbanos, explica Lattuca, al ayudarlos a superar las dificultades propias de los primeros meses antes de que sus huertas comenzaran a producir.

El proyecto de investigación apoyado por el IDRC llegó en un momento propicio para ayudar a Rosario a pasar de la administración de la crisis al establecimiento de las bases de una estrategia de largo plazo para la agricultura urbana. El IDRC y el PGU de ONU-HABITAT buscaban desarrollar metodologías e instrumentos para integrar la agricultura urbana al planeamiento urbano. La investigación, en la que participaron también las ciudades de Cienfuegos de Cuba, y Gobernador Valadares de Brasil, incluyó consultas

ciudadanas y estudios para desarrollar prácticas, herramientas, políticas y estrategias con el fin de integrar la agricultura urbana al planeamiento del uso de la tierra.

Desde mayo de 2002 hasta abril de 2003, el Centro de Estudios del Ambiente Humano (CEAH) de la Universidad Nacional de Rosario, el CEPAR y varias reparticiones municipales, tales como planeamiento urbano y registro de propiedades, cooperaron en el análisis de terrenos baldíos disponibles en la ciudad. Utilizaron fotografías aéreas, bases de datos de catastro de tierras e información proporcionada por los agricultores urbanos en talleres.

Este ejercicio permitió a la municipalidad abordar el problema de las ocupaciones ilegales de tierras, práctica que había surgido durante la crisis económica. Las ocupaciones, denominadas comúnmente usurpaciones pacíficas, habían sido permitidas por el PAU y esto le generó discrepancias con otras reparticiones del municipio.

Dándose cuenta de que no había comunicación entre las reparticiones municipales, los socios del proyecto organizaron un taller con las distintas áreas durante el cual se fue generando gradualmente una sinergia entre intereses aparentemente conflictivos. El Servicio Público de la Vivienda (SPV), por ejemplo, cuyo mandato era impedir los asentamientos ilegales en propiedades destinadas a futuras edificaciones, comenzó a ver la ventaja de ceder formalmente por un tiempo limitado el terreno a los horticultores que lo estaban trabajando, explica Laura Bracalenti, arquitecta del CEAH.

Existían otras ventajas en la cesión en préstamo de la tierra. Al prepararla para el cultivo, los agricultores limpiaban cuidadosamente la propiedad de escombros y malezas. “Si se paga a una empresa para hacer esto, costará mucho”, explica Bracalenti.

Los horticultores también estaban interesados en llegar a un acuerdo. Su trabajo es su inversión y no querían ser expulsados de la tierra sorpresivamente. El aporte de todos los involucrados advirtió a los socios del proyecto que la ciudad necesitaba una nueva reglamentación que instaurara un proceso formal rápido y eficiente de cesión temporaria de la propiedad para la agricultura urbana. La reglamentación, aprobada por el alcalde en septiembre de 2004, también puso bajo responsabilidad del PAU el banco de información que controla el uso de tierras ociosas para la agricultura.

La agricultura urbana, un medio de vida

Cuando pasó la fase más aguda de la crisis, algunas personas abandonaron sus huertas. El programa quedó con 600 grupos comprometidos y el objetivo original de transformar la agricultura urbana en una fuente de empleo y una vía para reducir la pobreza en Rosario. El PAU estimó que los horticultores podrían llegar a ganar 785 pesos

mensuales (US\$ 260), umbral de pobreza, por sus actividades agrícolas urbanas.

Era claro que, para alcanzar este objetivo, los agricultores debían producir más, agregar valor a sus productos y vender más. En 2003, el PAU creó siete ferias semanales en distintas partes de Rosario. El programa provee los toldos amarillos propios de las ferias, manteles cuadriculados en rojo y blanco, mesas y canastas de mimbre anchas y de poca profundidad. También coordina el transporte de los productos de la huerta a la feria.

Detrás de cada mesa bien servida hay una historia personal de grave necesidad económica, lucha y esperanza. Raquel Pérez, por ejemplo, obtiene de 100 a 200 pesos semanales de las ventas en dos ferias. Nadie le dará empleo con 55 años de edad, explica Raquel, que inició su huerta hace cinco años. Cuando su esposo, que carece de trabajo estable, trató de disuadirla de la huerta con el argumento de que se expondría demasiado al sol, ella comenzó a cobrarle por lo que comían y le mostró el total dos meses después. Le ha tomado cariño a su huerta. "Es mi segundo hogar", dice.

Gabriel Heredia gana de 50 a 80 pesos diarios en la feria. Participa en un grupo de cuatro personas de la tercera edad que trabajan una parcela de tierra cedida por el SPV. Con 64 años de edad, está esperando que le salga una jubilación mensual de 400 pesos. Mientras tanto, la huerta y el Plan Jefas y Jefes de Hogar son las únicas fuentes de ingreso de él y su esposa. Piensa seguir en la huerta "hasta donde pueda", incluso cuando empiece a recibir la pensión.

En cada feria se puede ver el surtido completo de productos de las huertas y de algunas industrias caseras. En la feria del sábado, en el centro de la ciudad, que da al río Paraná, hay incluso pan, galletas y conservas. María Casano vende potes con mermelada, pickles, compotas, almíbar y frutas secas elaboradas por su cooperativa. El grupo vende



IDRC: Federico Gutierrez

Antonio Lattuca, coordonnateur du PAU, attend pendant que Gabriel Pérez prépare les produits de son potager pour le lendemain, jour de marché.

sus productos en varios comercios y compra el 30% de sus ingredientes a los agricultores urbanos del municipio.

También están ahí los cosméticos naturales que Vilma Cala ayuda a elaborar. Es posible encontrarlos en todas las ferias con la marca comercial Rosario Natural. El logo, las etiquetas y los quioscos de exhibición fueron hechos con fondos del Instituto italiano para la Cooperación Económica Internacional.

Cala se está preparando para trasladar los recipientes de tinturas y cremas del pequeño hogar que comparte con sus hijos y su madre hacia una fábrica construida por el PAU para las 12 personas que producen los cosméticos. La fábrica ocupa un costado de un pequeño depósito reacondicionado frente al río, que perteneció a una empresa ferrocarrilera estatal ahora extinta. El edificio de siete ambientes, en proceso de habilitación, alojará en el futuro a 30 productores de cosméticos que utilizarán sus propias plantas y comprarán algunas a otros agricultores urbanos.

En una sala de procesamiento de verduras en el otro extremo del edificio, trabajadores de tiempo parcial cortan manualmente las verduras que de ahí pasan a procesadores de alimentos. Todos los días, se preparan de 60 a 80 bandejas con ingredientes picados y mezclados para las ensaladas, sopas y pasteles argentinos predilectos. La fábrica tiene capacidad para producir 2.000 bandejas por semana. El PAU está procurando expandir el suministro de verduras de los agricultores urbanos para ampliar las ventas en las ferias y desarrollar nuevos puntos de distribución.

Cultivando paisajes

Debido a la demanda de sus productos, los agricultores urbanos han aumentado la producción y el PAU amplió su alcance y ayuda. A través de la investigación apoyada por el IDRC, se identificó una cantidad considerable de tierras no apropiadas para la construcción, pero sí para el cultivo. Estos grandes terrenos a la vera de caminos, vías férreas y corrientes de agua se han convertido en predios de primera calidad que el PAU recomienda a los horticultores porque pueden ser cultivados por tiempo indefinido luego de concedido el permiso. Y como los horticultores han tenido problemas con el agua, el PAU comenzó a perforar pozos y a suministrar bombas de agua.

Otra innovación surgió cuando el único espacio libre para una comunidad interesada en la horticultura era la reserva natural cercana llamada Bosque de los Constituyentes. El PAU se dirigió a la dirección de Parques y Paseos para obtener la autorización de cultivo en un área dentro de los límites de la reserva. La dirección aceptó, con la condición de que las huertas fueran atractivas. Así nació la idea de crear parques-huerta.

El parque-huerta del Bosque de los Constituyentes se encuentra aún en sus etapas de planificación. No obstante, el apoyo del IDRC está ayudando a convertir el concepto en realidad en Molino Blanco, uno de los seis barrios donde el

SPV está ejecutando un programa financiado por el Banco Interamericano de Desarrollo para trasladar familias desde áreas no seguras y extender servicios como la recolección de desechos para todos los residentes. Un parque-huerta es particularmente apropiado para el barrio sureño de Molino Blanco porque alberga 10 grupos de agricultura urbana apoyados por el PAU y porque existen terrenos a lo largo de un curso de agua que no son aptos para viviendas.

El Grupo de Construcción de Viviendas de Costo Mínimo de la Universidad de McGill de Canadá decidió incluir el proyecto de Molino Blanco en un esfuerzo de investigación apoyado por el IDRC, junto con proyectos en Colombo, en Sri Lanka, y en Kampala, en Uganda. El objetivo de la investigación, también financiada por la Universidad de McGill y el PGU de ONU-HABITAT, es encontrar maneras de integrar la agricultura en la construcción y mejoramiento de barrios de bajos ingresos en el contexto de países en desarrollo.

El SPV y el PAU realizaron amplias consultas con los residentes. Aquellos que debían mudarse eligieron ellos mismos el lugar. Los horticultores participaron también en el diseño del parque-huerta junto con arquitectos del CEAH y paisajistas de Rosario.

La municipalidad comenzó a labrar la tierra para crear el parque-huerta de Molino Blanco a mediados de marzo de 2006. En el lanzamiento, Pedro Pavicich anunció que el parque-huerta incluirá áreas para visitas de alumnos, paseos recreativos y una cancha de fútbol. El PAU hizo una demostración con el tractor y el arado multiuso que piensa utilizar en los parques-huerta, comprados con los

US\$ 30.000 en dinero obtenidos con el Premio de Dubai 2005 sobre Mejores Prácticas para Mejorar las Condiciones de Vida, uno más de los diversos galardones que ha obtenido.

Otro parque-huerta está planeado en el barrio de La Tablada, a lo largo de la autopista que lleva a Buenos Aires. Integrado al Programa de Desarrollo de la Secretaría de Planeamiento del municipio, el parque-huerta se extiende por 17 kilómetros a lo largo del río. La municipalidad está adquiriendo la tierra de la autoridad portuaria porque Rosario ya no funciona como puerto comercial.

El compromiso de la Secretaría de Planeamiento para hacer realidad el parque-huerta de La Tablada y los esfuerzos del SPV en Molino Blanco demuestran lo que se puede lograr cuando los gobiernos locales apoyan y promueven la agricultura urbana. Con este nivel de cooperación, el PAU puede realmente ayudar a sus participantes a cruzar el umbral de la pobreza. "El potencial para derrotar la pobreza está ahí. Se invierte una gran cantidad de dinero en la lucha contra la pobreza, pero no siempre con eficacia. La agricultura urbana es el camino para avanzar", afirma el coordinador del programa Antonio Lattuca.

Este estudio de caso fue escrito por Louise Guénette, de la División de Comunicaciones del IDRC.

www.idrc.ca/en_foco_ciudades

Para mayor información

Antonio Lattuca
Coordinador, Programa de Agricultura Urbana
Buenos Aires 856, 4° Piso
Rosario, Santa Fe
CP2000
Argentina

TEL.: 54 431 480 2444, ext 131
CORREO-E: alattuc1@rosario.gov.ar;
lattucario@arnet.com.ar



Programa de Pobreza Urbana y Ambiente
International Development Research Centre
PO Box 8500, Ottawa, ON
Canada K1G 3H9

TEL.: +1 (613) 236-6163
FAX: +1 (613) 567-7749
CORREO-E: upe@idrc.ca
SITIO WEB: www.idrc.ca

El Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo/International Development Research Centre (IDRC) es una corporación pública creada por el Parlamento de Canadá en 1970 para ayudar a los investigadores y comunidades del mundo en desarrollo a encontrar soluciones a sus problemas sociales, económicos y ambientales. El apoyo se orienta al desarrollo de una capacidad de investigación local para sustentar políticas y tecnologías que los países en desarrollo necesitan para construir sociedades más saludables, equitativas y prósperas.